LA "DECADENCIA" DE MONTEREY.

El novel escritor que ha tomado á su cargo la tarea de probar que Monterey está en decadencia, va cada semana, de aberracion en aberracion, formando con sus propios artículos una maraña en que se enreda y liga con mayor habilidad de la que urdiera su peor enemigo.

Afirmó al principio, que uno de los signos de nuestra decadencia lo marcaba la *suspension* de las operaciones en los Bancos; y ahora que ya supo, mediante las cifras dadas á la publicidad por su antagonista, que las instituciones bancarias en esta plaza habian obtenido..... $1.320.000 de utilidad en el último año, dice que «solamente se explican esas ganancias sabiendo el tipo de interes que cobran, y la necesaria afluencia de los comerciantes en estos últimos meses, á los Bancos, para contratar empréstitos altamente onerosos.»

¿Hubo ó no huvo al fin operaciones bancarias? ¿Cuándo estampó ese periodista una falsedad? ¿Al asegurar que no se habian hecho operaciones en los Bancos, ó ahora que sostiene precisamente lo contrario, expresando que los tipos son *altamente onerosos*?

Esto de las contradicciones es el *lado flaco* de ese escritor. Y vayan las pruebas:

Inmotivada y bruscamente me ofendió en mi calidad de matamorense; contesté, y dijo de mi contestación que se distinguía por lo correcto del [illegible]e, cosa muy rara en estos tiempos. Al siguiente artículo ya era yo un polemista falto de lealtad, y que no estaba acostumbrado á ver prensa honrada.

Tras la primitiva injuria, dijo que no había tenido el ánimo de ofender á la colonia matamorense en Monterey, y yo, agradecido con tal confesion, me dí por satisfecho. Pues aquello bastó para que luego dijese altaneramente que no daba satisfacciones, por que no se acusaba de haber ofendido.

Me llamó al principio articulista *casi anónimo*, y al número siguiente apareció integro mi nombre en sus ataques, sin que yo hubiera variado la firma puesta al pie de mis escritos.

Afirmó que no escribiria ya para mí, sino para el público, y no ha dejado de nombrarme en cada uno de sus artículos, dirigiéndome la palabra.

Sostiene la decadencia de Monterey, y ahora nos habla de *crisis comercial*. ¿Ignora que *crisis* y *decadencia* no son una misma cosa? ¿O es que va cediendo terreno, y conviene ya en que solo atravesamos por una época difícil, aunque pasajera, que es lo que se denomina propiamente *crisis*?

Con este cúmulo de contradicciones ¿qué rectitud de discernimiento puede concedérsele?

El menos lince palpa lo burdo de la trama en que se van hilvanando esos enrevesados conceptos y esas frases descoyuntadas, propios para ganarse el aplauso de los babecas.

El prurito es amontonar desatinos y hablar de asuntos mercantiles y bancarios, que jamás se conocieron ni de lejos, y coger por los cabellos á Leroy Beaulieu, para salir con que *las crisis comerciales y financieras locales es la falta de confianza pública.*

¿Y dónde está entre nosotros esa falta de confianza pública, si el mismo de la cita presuntuosa declara que afluyen los comerciantes á los Bancos, y se les presta dinero?

¿Dónde está esa desconfianza pública, cuando ha estampado la aseveracion sobre aquel famoso billete de á cinco pesos, como *única operacion* en uno de nuestros Bancos más importantes, con lo cual se comprueba que el público fía en el crédito y en la solidez de esas instituciones?

La petulancia es mala consejera, y el afan de traer á cuento al célebre economista, hizo que se le citara con perfecta inoportunidad.

Ya que cita á Beaulieu, sepa el novel periodista que ese autor acaba de publicar una obra, exclusivamente consagrada á mostrar la preponderancia mercantil é industrial de los Estados Unidos.

Y como ya dijimos que en ese país las quiebras mercantiles superabundan, buena está la leccion para que sepa el jóven ese que «es aberracion económica considerar como signo de decadencia,, tales fracasos.

Otra afirmacion rotunda, y tan descabellada como todas las suyas, aparece en el último artículo, y es la siguiente:

El que nuestros Bancos *hayan obtenido esas ganancias, no prueba que Monterey no esté en decadencia.*

De manera que para este jóven estadista *el ganar dinero* es prueba de *malestar econòmico.*

Bien es verdad que él mismo nos dice, ufanándose de ello: que *con nadie trabaja á sueldo.* Si trabajara, por escasa que fuera la remuneracion dadas las aptitudes que muestra, reconocería pronto las ventajas de *ganar dinero,* y acabaría por modificar su opinion sobre este punto.

Ya puede comprenderse, mientras tanto, por esa sola afirmacion, todo lo que le aprovecha leer á Leroy Beaulieu.

Como casi todos los polemistas nuevos, tiene este individuo viva comezon por personalizar la controversia, para que se hable de él; pero yo, no sintiéndome dispuesto á fomentar esas malas inclinaciones, solo aclararé un punto. Me habla enfáticamente de sus *convicciones políticas,* y es este un detalle que ni viene al caso, ni me importa? Qué tiene que ver aquí el tema político? La *política* que debió conocer no es la relacionada con sistemas de gobierno, sino la *política* que nos habla de urbanidad y de cortesanía; esa *politica* que atropelló neciamente atacando á una colonia que en Monterey no ha merecido semejante atrabiliario proceder, sino de ese novel escritor. Esa *politica* es la que hacía falta para no haber dado lugar á que periódicos como *El Observador* de C. Mier, le zurraran, poniéndolo en la picota del ridículo.

Pero está visto que se puede ser estudiante de leyes, y no conocer las de la cortesía.

Y ya que menciono á *El Observador,* debo expresarle mi agradecimiento por la espontánea defensa que hizo de mí, ante las injustificadas provocaciones del semanario de acá.

Y. GRIEGA.

Publicado en "El Espectador"

LA "DECADENCIA" de Monterey.

Aberraciones y falsedades.

(CONCLUYE.)

Sigue de Pág. 2

"A la pregunta que se sirve usted hacerme en su atenta carta fecha de hoy, relativa á si es ó nó exacto que la venta de timbres se haya reducido un ochenta por ciento en esta localidad, le manifiesto que NO ES EXACTO, y que tal aseveracion CARECE DE FUNDAMENTO. — L. Aguilar."

La respuesta del Sr. Aguilar me da derecho á que formule esta pregunta: ¿*Renacimiento* procede con candor ó con malignidad?

* * *

Uno de los Bancos más importantes registró el hecho de que por toda operación en un dia cambió un billete de á cinco pesos, dice "Renacimiento."

Y yo replico. En esta ciudad existen, ya lo dije, cuatro Instituciones bancarias: dos centrales, que son el Banco Mercantil de Monterey y el Banco de Nuevo León; y dos Sucursales de la Capital, que son la del Banco Nacional de México y la del Banco de Londres y México. Estas son las únicas en Monterey, y con el carácter de emisoras de billetes todas ellas.

Yo desearía que *Renacimiento* señalara cuál de esos Bancos ha tenido por solo operacion en un dia, el cambio de un billete de á cinco pesos. Pero no me contestará este punto; de sobra sé que no lo contestará, como no supo contestarme antes *cuál es, á su parecer, la época en que Monterey alcanzó el auge de su prosperidad.*

Mas contestando ó nó, la debilidad del argumento permanecerá intacta; porque las operaciones benéficas para un Banco no están en la metalización de su papel Y es más aún: lo grave, lo que acusaría una crisis peligrosa sería que el público en masa se lanzara sobre las puertas de nuestros Bancos, exigiendo la metalización de los billetes; porque tal hecho revelaría desconfianza en la solidez y el crédito de esas instituciones.

De manera que señalar como signo de decadencia el no haberse cambiado más que

un billete de á cinco pesos, durante cierto dia, *en uno de los Bancos más importantes* de Monterey, es la mayo aberracion económica que pudo habérsele ocurrido á ese periódico. En esto se palpa un desconocimiento absoluto de lo que significan las instituciones bancarias, y una ignorancia perfecta de su mecanismo y de su finalidad.

Cita luego la Compañía de Luz Eléctrica, como muestra de decadencia; y no pudo ser más desatinada é inoportuna la mencion; porque si ahora que la Empresa, acrecentando su capital, habrá de mejorar su servicio hasta ponerlo al nivel de los más bien establecidos,—cobrando, como es consiguiente, cuotas más elevadas que las anteriores,—Monterey *está en condiciones de sostener* ese alumbrado, ¿cómo ha de convenirse en la pregonada decadencia?

* * *

Renacimiento termina su párrafo diciendo que no vendrá la ruina total, *porque antes habrán obrado tantas influencias en su favor que la levantarán, que la volverán á su primer puesto entre las ciudades de la frontera.*

Y yo pregunto: ¿qué influencias son esas que no acuden desde luego á mejorar nuestra suerte? ¿Dónde están y qué aguardan para venir á salvarnos de la ruina? ¿No cree *Renacimiento* que sería criminal dejarnos perecer, cuando pueden aprestarse á *volvernos al primer puesto*, á aquel mismo del *apogeo de prosperidad* que aun no ha podido decírseme por ese periódico en qué época lo disfrutó Monterey?

* * *

El lector habrá visto que *ni uno solo* de los puntos en que *Renacimiento* funda nuestra decadencia, ha quedado en estas líneas sin su merecida refutacion. Con ese objeto preci amente reproduje íntegro aquel párrafo.

Se vé, pues, que mientras llegan *esas salvadoras influencias*, personas nacidas en Nuevo Leon se empeñan en producir conceptos absurdos é inexactos, para desprestigio de su propio Estado, pretendiendo mermarle energías, capital y progreso. Si labor semejante es digna de aplauso y reconocimiento, díganlo quienes se tengan por imparciales y juiciosos.

Por mi parte, y sin tener un átomo de regiomontano (aunque por grandes afectos me siento identificado con esta tierra tan demeritada por algunos de sus hijos) he de proclamar, con toda la fuerza de mi espíritu y con todo el convencimiento de la verdad,

que no es así como se traba-
ja por el suelo en que se
nace.

Y. GRIEGA.

"El Espectador"

LA "DECADENCIA" DE MONTEREY.

Es maravillosa la facundia con que disparata el joven estudiante de leyes, empeñado en hacer pujos para probar la decadencia de Monterey. Pero es innegable que donde la serie de idioteces ha tocado el número máximo, es en el enrevesado articulejo relativo á «Probar que los Bancos de la localidad acusan decadencia, despues de haber obtenido en el ejercicio anual último, una utilidad en conjunto de $1.320.000,00.»

Probablemente no se había visto en Monterey papel impreso alguno que rellenara dos columnas con prosa más apelmazada y tonta que la que integra ese articulillo. Y vaya que oír y ver imbecilidades es moneda comun y corriente.

* * *

No falta (¡cómo había de faltar!) la correspondiente retractación á lo que antes se tiene afirmado, por más que se marque visiblemente un rasgo de desparpajo en quien niega hoy lo que estampara ayer.

Lo digo porque este joven estudiante declara ahora que *en ninguno de sus artículos publicados* ha *sostenido que los Bancos de la localidad acusan decadencia*, olvidándose de que en concepto suyo (allá cuando comenzó á enmarañarse solo en este lío que le trae á vueltas,) era *signo de nuestra decadencia* el que *uno de los principales Bancos en Monterey*, por *única operacion* en determinado día, *solo había cambiado un billete de á cinco pesos.*

Refresque usted su memoria, joven olvidadizo; y de no tenerla, ocurra á sus papeles viejos, y en ellos encontrará eso que ahora niega con un desplante digno de la causa que sostiene.

Tras de ese inútil arrepentimiento, dice que lo único que ha afirmado es *que quien acusa decadencia es Monterey.*

Y á juicio de este joven ¿qué será lo que constituye al *Monterey* capaz de reflejar prosperidad ó decadencia?

* * *

Despues de once líneas enmarañadas, donde la gramática y el sentido comun sufren grave deterioro, afirma este novicio que *es muy natural que antes de llegar á lo desastroso, á lo que avergüenza, á la quiebra, se recurra al préstamo, que siempre entre más aflictiva es la situacion del que lo solicita, más oneroso le resulta, pues se exigen grandes intereses*; y que entonces, como *está en la conciencia de los que hacen el préstamo la idea de que juegan un albur*, viene á suceder que *ó recobran su dinero con grandes ganancias, ò lo pierden del todo.*

Apenas se concibe que haya quien amontone tántos despropósitos en tan pocas palabras, aunque mal hilvanadas todas ellas.

Nó: los prestamistas, ya banqueros, ya particulares, no son tan imbéciles para facilitar dinero con interes, ni alto ni bajo, al hombre que esté próximo á la quiebra. Y tan es evidente que no ha sucedido así, tratándose de nuestros Bancos, que las ganancias obtenidas por ellos, lo estan diciendo con toda claridad, y con la fuerza aplastante de los números.

Eso del juego del albur es una simpleza, y equivale á confundir un Banco con un garito. Los Bancos no juegan albures, joven inexperto. Los Bancos exigen *en todos los casos*, completa garantía para las cantidades que prestan; por eso sus ganancias son siempre seguras; por eso han prosperado todos ellos acrecentando su capital; y por eso el público les dispensa amplísima confianza, recibiendo y circulando el papel fiduciario que emiten.

* * *

Se necesita un candor de palomino para asentar que los Banqueros, *experimentados ya por muchos fracasos*, solo prestan dinero, *aunque á tipos muy onerosos, á los comerciantes que se encuentran al borde de la ruina*; porque ni *los fracasos* se traducen nunca *en utilidades de millones de pesos*, ni los Bancos (habrá que repetirlo) *facilitan fondos á personas arruinadas.* Esta es una bobería que no puede pasar inadvertida ni ante el más estúpido de los abonados á ese periódico.

Pues ¿con qué clase de gente se figura este jóven que tratan y operan las instituciones bancarias? ¿Se imagina que estas se han fundado para venir á sacar de apuros á quienes se hallan cercanos á la quiebra comercial?

* * *

Otro detalle que pone de bulto la ignorancia de este propalador de embustes y desatinos, se halla en la siguiente afirmación:

Antes bastaba—dice—*para la seguridad de los créditos las firmas de dos comerciantes; en la actualidad solo se presta con hipoteca.*

Pues no, señor: los Bancos de emisión, que son los que aqui tenemos, *no prestan normalmente, ni pueden prestar solo sobre hipotecas*; porque de modo *expreso y terminante lo preceptúa así la ley que los rige.* Solo pueden prestar mediante garantías colaterales ó con firmas, siempre dos, por lo menos, tambien obedeciendo á mandato legal.

Tienen, sí, derecho esos Bancos á tomarse las seguridades de una hipoteca, cuando ha venido á menos la responsabilidad de una firma estampada al pié de un documento; y gozan tambien el privilegio de prestar sobre hipotecas, *mediante permiso especial* otorgado, *para estos casos*, por la Secretaría de Hacienda.

De manera que en estas condiciones no puede ni debe decirse que los Bancos *en la actualidad prestan* SOLO *con hopoteca.* Su carácter de Bancos emisores *no los autoriza ampliamente* para ello, y antes bien *les marca impedimentos* en este respecto.

Ya ve usted, jóven estudiante de leyes, cómo necesita machacar otro poco en la materia, para no desatinar en cosas de su propia incumbencia.

* * *

En la actualidad—dice con desastrada construcción de lenguaje, este jóven estudiante, refiriéndose á préstamos—*ni con la garantía de buenas firmas, solamente de firmas,*

casi no se consiguen á ningun interés.

Por fin, ¿en qué quedamos? *¿Casi no prestan á ningun interés los Bancos, ni con buenas firmas; ó prestan á tipos onerosos aun á los comerciantes que se hallan al borde de la ruina?*

Se requiere tener el meollo con menos jugo que un corcho para discurrir de modo tan confuso y contradictorio.

Con este jóven ecónomo de los albures, no acierta uno á qué carta quedarse.

Lo que ya llevo dicho en otros artículos: el afan es hacinar desatinos, hilvanar palabras sin enlace y meterse en asuntos que nunca ha podido comprender ese periódico, destinado á embaucar babiecas.

* * *

A falta de poder producir concepto alguno capaz de tener visos siquiera de fundamento, en cuanto á esa su sobadísima decadencia de Monterey, traía días pasados este jóven *otro signo de nuestra aflictiva situación:* el de haber sido lanzados algunos inquilinos por no pagar las rentas de sus habitaciones.

¿Se puede presentar un razonamiento más simple que éste para demostrar la decadencia de un pueblo? Esto de no pagar las rentas probará que trapaceros y bribones que se quedan con lo ajeno, los habrá aquí, como en todas dartes existen; pero no prueba decadencia, jóven incauto

Siga usted, despotricando. Ya sé que no va á ser esta la última colección de necedades que le atrape; porque tres son infaliblemente los elementos dominantes en sus fárragos: contradicciones, patrañas y tonterías.

¡Y todavía nos queda el rabo por desollar!

Y. **Griega.**

"El Espectador"

9

De justicia.

Como "El Observador" es un periódico conocido por muy pocos en esta ciudad, y como creo que es justo que quienes leyeron el grosero é inmotivado ataque que un mequetrefe tuvo la audacia de lanzar á mi hermano Dionisio Gorena, desde las columnas de "Renacimiento," como creo, repito, que es justo que el mismo público que leyó la malvada injuria se entere también de los términos en que mi referido hermano la contesta, voy á reproducir aquí el artículo que en el número 417 de "El Observador" aparece dirijido á "Renacimiento," sin ninguna firma al pié, por que de él es único responsable el Director del periódico de C. Mier.

Pero antes de transcribir el citado artículo, debo hacer una pequeña aclaración, que no hice antes, porque preferí esperar á que llegara á mis manos el semanario de mi hermano A raíz del menguado insulto á que hago referencia en estos renglones, y que su autor lanzó con toda la insolencia y avilantez de un injuriador vulgar y cobarde, yo me erigí un representante de mi hermano, y dirijí desde las columnas de este mismo diario, á los redactores de «Renacimiento,» una enérgica interpelación, para que con la debida oportunidad fueran aclarados los términos de la injuria vertida por el articulista del semanario de aquí. Mis palabras quedaron sin contestación alguna, y como tal proceder es indigno, no solo de un caballero, sino de un individuo cualquiera, el público puede perfectamente medir *la talla* del gratuito injuriador de mi hermano, y colocarlo en el puesto á que lo hacen merecedor su *lealtad y honradez* como *periodista*, y su *dignidad* y *delicadeza* como *hombre de honor*.

El artículo de mi hermano, que se puede leer en el N°. 417 de su periódico, «El Observador,» dice á la letra:

«*Renacimiento*, periódico de Monterrey, hace el honor, aunque en tono despectivo, al Director de este periódico, de citarsu nombre en términos cuyo valor no puede apreciarse por su vaguedad, con motivo de un artículo de nuestro colaborador Lugardo de la Fuente, en que puso á dicho periódico los puntos sobre las ies, con ocasión de haber éste emitido varios conceptos ofensivos para los matamorenses residentes en aquella Ciudad.

Parece que *Renacimiento* está redactado por chinos de hace un siglo, pues revela en sus artículos un celo localista que solo nace y se desarrolla en entes mezquinos.

Si hay en Monterrey matamorenses que se eleven cien codos sobre los redactores de *Reancimiento*, en talento y prestigio, eso no es motivo para que se les ofenda en lugar de alabárseles.

Por supuesto que lo que nosotros digamos sobre el particular no tiene influencia alguna en ningún sentido. El Sr. Celedonio Junco de la Vega es águila cuyo vuelo no alcanza la chusma de grajos y mochuelos que pretenden devorarla. Mantiénese muy alto para que la tempestad de cieno llegue á mancharlo.

Si nos hiciera favor *Renacimiento* de visitarnos siquiera cuando se ocupa de nosotros, lo agradeceríamos infinito, pues nos prepararía á la defensa, y no seríamos víctimas de los que impunemente asesinan por la espalda.

Nosotros somos francos: por eso cuando *El Observador* ataca, llega á las manos del ofendido, como lo hicimos con *Renacimiento*. Dionisio Gorena jamás ha rehuído una cuestión, y honrado y caballero, va al terreno donde lo lleve un enemigo digno."

Gerónimo Gorena.

"El Espectador"